

## Sonrisa bajo la tormenta

Joaquim Gomis

**A**unque fuera en la hora de la siesta, con el calor de agosto, temiendo que el ruido de las obras en la escalera de Calvet 56 ahogara la grabadora que María Patricio había preparado, ella, Lluís Duch y un servidor se disponen a conversar. Conversamos con calma, incluso divertidos, de un tema a otro, desde las honduras de la antropología a la novela policíaca, pasando por la situación de la Iglesia en nuestro país. Surgen cuestiones no previstas y otras quedan para otra ocasión. María y yo nos encontramos a gusto con este peculiar monje benedictino de Montserrat, autor de más de cincuenta libros, que parece también hallarse a gusto con nosotros. Pero pasa el tiempo y el espacio previsto parece agotado. Ha sido una buena experiencia.

Llega ahora el momento de escribir este editorial. Parece que no puede omitirse hablar del viaje del Papa a Madrid con motivo de las Jornadas Mundiales de la Juventud. Es una herencia que Juan Pablo II dejó a su sucesor, herencia casi diría que envenenada. Porque respondía al mejor carisma del papa protagonista y muy poco al talante tímido de su sucesor. También porque fue asumida por los movimientos –kikos, como gran ejemplo– más cercanos a Juan Pablo II que no al anciano papa Benito. Pero debo escribir sobre ello y al mismo tiempo recuerdo y repaso la conversación con Lluís Duch. ¿No podría unir una y otra cosa?

Quizá ello, unir una y otra cosa, me ayude a superar visiones polémicas, belicosas. Que son las que en este país han dominado incluso antes de que el anciano Papa aterrizara. Me asombra la baja altura de esta polémica. Uno, con leer el título y la firma, ya sabía si se hallaría con un grosero ataque o con un glorioso panegírico. Vino el Papa, con un talante pacífico. Como lo que es: un anciano que sus acólitos conducen. Millares de jóvenes le aclamaron no sé si enterándose demasiado de lo que les decía (importaba más cantar que escuchar). Y se fue el Papa, con igual talante pacífico. Pero aquí siguió la batalla. Parece ser que eso es lo que nos gusta.

**L**a costumbre de enfrentarse como dos ejércitos dispuestos al combate –nos decía Lluís Duch– tiene ya una larga historia en nuestro país. Lo sorprendente es que sigamos en ello aunque esta historia haya demostrado su absoluta inutilidad. Peor aún: su miseria intelectual y humana (también religiosa). En el caso presente, la visita del anciano Benito, un servidor piensa que se hubiera merecido algo mejor. Porque él me parece que hizo todo lo posible para realizar una visita pacífica, abierta, nada polémica. Dicen que aquí, quienes en el bando católico deseaban más combatividad, quedaron decepcionados. Imagino que también quienes en el bando contrario antes de que aterrizara ya clamaban como si aquel anciano fuera el enemigo. Porque si uno lee lo que dijo –aunque pocos lo habrán hecho– me cuesta hallar motivos para prolongar este secular combate que divide al país. Dijo lo que es propio de un Papa, sin excesiva brillantez –a pesar de su buena voluntad, un público de jóvenes en fiesta no es su público–, pero también con discreción.

Claro está que sin lograr romper aquel muro –lo comentábamos también con Duch y él nos citaba a McLuhan como

inventor de la expresión– que la excesiva información ha levantado en el camino de la comunicación.

Si al lector le interesa mi impresión personal, se la cuento. Es muy sencilla: es la de ver por televisión, en aquella magna reunión en el aeródromo de Cuatro Vientos que para ser fiel a su nombre se convirtió en lugar de los mil vientos, ver al anciano que ya más que abuelo parecía bisabuelo rodeado de tanto joven, verlo sereno, algo perdido o desorientado, pero sin perder su sonrisa. Su poder ya lo había perdido, estaba en manos de sus monseñores secretarios con sus rojas sotanas y de sus imperturbables agentes de seguridad, siempre tan pulcros con sus negros trajes. Allí, sentadito como buen anciano, el papa Ratzinger miraba algo aturdido bajo la tempestad, sin perder la sonrisa. Es lo que le quedaba. Bien está. Dijo luego y repitió a los jóvenes que “hemos vivido una aventura”. Probablemente acertó al escoger la palabra: aventura. Es lo mismo que sentían aquellos millares de chicos y chicas divertidas víctimas de la tormenta. Más allá de lo que los sabios, de una u otra creencia, podían pensar, el abuelo Benito y los millares de jóvenes coincidían en valorar divertidos la tempestuosa aventura. Quizá por eso, luego supieron unirse en aquel impresionante silencio de la larga adoración eucarística.

**E**l Papa se fue y, como era previsible, todo queda igual (pienso yo, otra cosa debe pensar Kiko Argüello, que dicen que al día siguiente contradijo a Benedicto XVI pero consiguió que centenares de jóvenes se comprometieran a seguir su camino de evangelización, ahora con destino a Asia). He hablado con sacerdotes que tienen relación con jóvenes. Piensan que bueno ha sido que tantos se hayan encontrado con tantos otros en Madrid (“se repite tanto que hoy apenas hay jóvenes creyentes que es positivo palpar que hay muchos y de todos los pelajes”). Pero también saben que estas Jornadas, como todos los viajes papales, son hechos sin herencia. Desde las altas jerarquías eclesiales se presentan como muestra de una fe, de una vida cristiana, que ya es costumbre dar como algo periclitado. Aunque sorprende que sean ellas mismas, en sus innumerables documentos, quienes presenten la secularización de la sociedad contemporánea como la causa de la decadencia de la creencia, de la práctica cristiana. Fue este también un tema de conversación con Lluís Duch. Y puede sorprender su afirmación: “El problema no es tanto la secularización como el pluralismo”.

Puede sorprender, pero se explica. Se confunden, dice, dos términos: el cambio social y la secularización. Seguimos hablando y coincidimos: lo importante está más en las preguntas fundacionales del ser humano. Duch concreta: “La pregunta fundamental no es la pregunta por el *homo cristianus* sino por el *homo religiosus*. Lo que está en juego es si a través de lo que llamamos secularización, el ser humano ha dejado de ser un posible *homo religiosus*”. Seguimos hablando y un servidor piensa que la cuestión es crucial. Piensa también que es muy propia de esta revista. Bastante más, opina, que las limitadas a la problemática eclesiástica. Aunque, en este caso, le gustaría que también participara en ella el anciano Joseph Ratzinger. □